

San Manuel González, Obispo

Partículas de Evangelio

PARTÍCULAS DE EVANGELIO

Introducción

Las pequeñeces grandes

1551. *Me ocurre con la contemplación del Evangelio algo de lo que me ocurre con la contemplación del mar.*
El mar y el Evangelio contemplados en conjunto me abruman, con su grandeza me dejan en suspenso el pensamiento y como paralizados los sentidos.
El mar a los poetas hace decir muchas cosas; a mí me hace enmudecer... ¡Cuántas tardes y cuántas mañanas de estos mis días de destierro de la patria siento ese aplanamiento ante esta inmensidad de agua azul o brumosa del estrecho de Gibraltar!
Pero lo que me oculta la masa me lo sugiere el pormenor... La figura caprichosa que forma una roca besada o lamida por la ola que va y viene, el juguete de las aguas con la lanchita pescadora que sube y baja como un gigantesco columpio, los matices y cambiantes de brillos y colores que ponen en la superficie del agua las nubes del cielo, los peñascos que oculta, y las distintas direcciones de los vientos; ¡cómo entretienen y hablan y sugieren comparaciones éstos y otros innumerables pormenores del mar!

1552. *Algo de eso, decía, me ocurre con el Mar de luz, de santidad y de belleza que se llama Evangelio; el conjunto me cierra los labios, me achica y casi anonada; el pormenor me eleva y dispone a contemplar sin mareo y sin perplejidad los tesoros y maravilla que encierra.*
¿Un ejemplo? Lo tengo en las partículas gramaticales del Evangelio.
Un si, un no, un porqué, un cómo, un también, *entreabren a mi alma las puertas de un mundo de luz.*
Ved un tema fecundo para estas paginitas cortas.
Empezaré por deciros lo que me descubren los si que leo en el Evangelio.
¡Están tan llenas de luz y de misterios de Dios hasta las **comas** *de su palabra!*

PRIMERA PARTE

LOS "SI" DEL EVANGELIO

I. LOS "SI" CONDICONALES DICHOS A JESÚS a Jesús

1553. Meditando en estos *si* dichos a Jesús para ponerle alguna condición a lo que se le pedía o de él se esperaba, he observado que casi todos se encubren, muchas veces inconscientemente, una corrección impuesta a Dios, una especie de enmienda de plana o de suplantación de Dios por el hombre.
Esa partícula tan menuda sirve muchas veces para descubrir una tendencia que impulsa frecuentemente al corazón del hombre, a *meterse* a Dios... y ¡ vaya si es interesante el descubrimiento!
Y ¡lo que se repite en nuestras relaciones con Dios ese soberbio y quimérico empeño de *meternos a Dios*, o sea de arreglar las cosas y resolver las cuestiones como si fuéramos Dios...! ¿No equivale

a eso ese empeño tan humano y tan repetido de que las cosas se hagan más al gusto nuestro que al de Dios?

¡Cuántos *si* acostumbramos poner a los gustos y mandatos de Dios!

¡Cuántos de estos *si* en el Evangelio!

1) El «si» del padre del endemoniado

1554. Encuentro en el Evangelio dos clases de *si;* unos que ofenden o lastiman siempre a Jesús y otros que lo alaban.

Los *si* condicionales ¡cómo lo lastiman!

«*Si puedes algo, socórrenos*... dice a Jesús el padre del endemoniado sordo y mudo [1].

Jesús hace el milagro arrojando el espíritu malo de aquel joven, pero ¡cuánto debió de oprimir su Corazón la vacilante y débil fe del orante que dice « *si puedes*...»!

¡A Él, que saca su máxima glorificación de nuestra fe firme y confianza ciega!

Su Corazón divino recoge ese *sí*... condicional y se lo devuelve delicadamente, diciéndole: «*Si* tú puedes creer, todo es posible para el que cree».

Si es tan humillante y doloroso para el Corazón de Jesús aquel *si* de la duda en su poder misericordioso, cuando estaba empezando a manifestarse entre nosotros, ¿cómo no le dolerá a los veinte siglos de cristianismo y de Sagrario, esa fe vacilante de los que van a Él sin atreverse a pedirle o pidiendo sin fe ni confianza como si Él no pudiera socorrerles?

«¡*Oh, Señor, yo creo; ayuda Tú mi incredulidad*!».

¡Qué hermosa oración para repetirla muchas veces ante el Sagrario y qué buena reparación de nuestros ofensivos «si puedes...» de la confianza vacilante y de la fe que le pone condiciones...!

3) El «si» de Pedro

1555. La fe a medias, la confianza vacilante que hace dudar al padre del endemoniado del poder de Jesús, se manifiesta en el elegido entre los amigos de Jesús, en Pedro, con otro *si* condicional: «*Señor, si eres Tú, mándame ir hacia Ti sobre las aguas*» [2] le dice en aquella noche de la tempestad en que el Señor se aparece caminando sobre las olas...

Aquel pobre hombre duda de su poder, Pedro duda de su realidad.

¡Jesús se acerca a los suyos, les habla y ellos gritan aterrados creyendo que es un fantasma!

Este desconocimiento de los que vivían con Él, esa turbación, ese no darse cuenta de que a Jesús le sobraba poder para andar por las aguas como andaba por la tierra ¡cuánto debió amargar su Corazón deseoso siempre de ser sorprendido y agradecido en las delicadas ingeniosidades de su amor...!

1556. «¡*Hombre de poca fe ¿por qué has dudado?*», dice el Señor a su amigo, y... ¡cómo repite ese reproche amoroso desde su Sagrario a los que andan a su alrededor sin acabar de convencerse, al menos prácticamente, de si es el Hijo de Dios o es un fantasma el que está encerrado en la Hostia consagrada!

Quitemos de nuestros procedimientos, de nuestras ideas ese *si* que tanta gloria le quita a Él y tanto nos daña a nosotros y, en vez del vacilante « *si* Tú eres...» tendremos la hermosa confesión del mismo Pedro: «¡*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*!» [3] que repetiremos en todos los

[1] Mc 9,21

[2] Mt 14,28

[3] Mt 16,16

acontecimientos y bajo cualquier forma en que Jesús quiera presentarse a nuestros ojos, diciendo también como san Juan: «¡*Es el Señor*!» [4].

3) Los «si» del diablo y de sus esbirros

1557.¡Cuánto enseñan estas partículas del Evangelio!

El *si* del padre del endemoniado envolvía una duda sobre la realidad del poder de Jesús: «*Si puedes*...»; el *si* de Pedro echándose a andar por las aguas del mar en busca de Jesús, escondía una duda sobre la realidad de la presencia de Jesús a aquellas horas y en aquel lugar: «*Si eres Tú*...»

Los *si* que encuentro en el Evangelio puestos en labios del mismo demonio y de sus secuaces son aparentemente una duda o una pregunta, pero en realidad un deseo, una ignorancia y un miedo: deseo de que la respuesta sea negativa, ignorancia de la verdad por entero y miedo de que sea afirmativa; son una fórmula de dar por muerto lo que se teme que viva, de pretender hacer objeto de burla lo que en realidad se aprecia como terrible; son un modo de querer aparecer vencedor gritando muy fuerte que no ha habido tal enemigo...

¡Cómo se repiten a través de los siglos y la historia esos *si* aparentemente condicionales del demonio!

«*Si* eres el Hijo de Dios...» [5], dice el diablo tentador a Jesús en el desierto.

«*Si* eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz...» [6] decían los esbirros del diablo increpando a Jesús crucificado.

«*Si* eres Dios, véngate de nosotros», se ha dicho ante imágenes escupidas, abofeteadas y acuchilladas de Jesús crucificado en no pocas iglesias de mi diócesis y de España...

«*Si* la Iglesia católica es de Dios, que caigan las armas de nuestras manos, que nos eche del poder, que levante la voz contra nosotros»..., han dicho y dicen los perseguidores de hoy, de ayer y de todos los tiempos.

Si eres... ¿No sentís palpitar bajo esas dos palabras despectivamente pronunciadas un miedo inmenso y un odio tan feroz como ridículo?

1558. «*Si eres* Hijo de Dios...»

Desde hace veinte siglos no preocupa al diablo y a toda su gente más cuestión que esa...

¡Qué duro y cerrado ha puesto el entendimiento al diablo y a su corte la soberbia, para llevarse veinte siglos preguntando «Si eres Hijo de Dios...»,

ante el Evangelio en que se revela,
ante el Calvario en que se inmola,
ante el Sepulcro en que resucita,
ante la Eucaristía y ante la Iglesia en que se perpetúa y diviniza cuanto toca o se le acerca...!

¡Sin enterarse todavía de que lo es y con un miedo horrible de que lo sea...!

4) El «si» de Marta y de María

1559. Un caso, de los que os prometí, de pretender, aún sin ánimo de ofender, *meterse a Dios*, se descubre en el *si* con que se quejan amorosamente a Jesús las hermanas de Lázaro de su tardanza en acudir a su llamamiento.

---

[4] Jn 21,7

[5] Mt 4,3

[6] Mt 27,40

Marta y María diciendo a Jesús «*Si hubieras estado aquí, nuestro hermano no hubiera muerto*» [7] ¿no venían a decirle: si nosotras hubiéramos sido Tú, nuestro hermano no se muere?

Y ¡cómo contrasta esta prisa en obrar a lo Dios o en que Dios obre a nuestro estilo con la calma de Jesús en dejar pasar días sin acudir al llamamiento urgente, angustioso de las hermanas del enfermo Lázaro, sabiendo y haciendo constar que estaba muerto, «para que se manifestase la gloria de Dios!»

Y ved qué frutos tan opuestos: Si Jesús hubiese acudido al punto, es decir, si Dios hubiera obrado al estilo de las criaturas, quizá hubiera impedido que un enfermo se muriera, hecho en el que apenas hubiera reparado la familia del mismo; pero obrando a lo Dios, sigue los planes de Dios, hace de un muerto un resucitado y obra el milagro más estupendo después del de su Resurrección.

¡Cuánta cuenta nos tiene pedir a Dios que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo!

5) El «si» del fariseo

1560. «*Si* éste fuera profeta...» [8].

Aquí tenemos otro caso de intento de *meterse a Dios* un hombre.

Una pecadora, rompiendo con todos los miedos y respetos humanos, se echa a los pies de Jesús en pleno festín y sin dejar salir una palabra de su boca y sí muchas lágrimas de sus ojos pide y obtiene perdón de todas sus maldades.

Jesús que, en frase de san Agustín, oye mejor el llanto del corazón que la palabra de la boca, la ha recibido y tratado *a lo Dios*, perdonándola.

El fariseo, invitador del festín, enmienda en su interior la plana a Jesús *metiéndose a Dios*... «*Si* éste fuera profeta sabría quién y cuál es esta mujer... porque es una pecadora...»

Cuando yo, pecador, medito en esta severidad del fariseo, no puedo menos de exclamar enternecido de gratitud:

¡Bendito sea mi Señor Jesucristo que mejor que todos los profetas sabe quién soy y, porque lo sabe, está dispuesto a tener conmigo su mayor misericordia de Dios!

6) Un buen «si»

1561. De entre todos los *si* condicionales que leo en el Evangelio dichos a Jesús, casi no encuentro más que uno que se pueda admitir, sin protesta de la piedad, y proponer como ejemplo. Me refiero al *si* de la petición del leproso.

«Señor, *si* quieres, puedes limpiarme» [9].

¡Qué bien, que exactamente bien se da cuenta aquel pobre, desahuciado de la ciencia y del trato de los hombres, de la naturaleza del poder de la mano de Jesús! poder grande, inmenso, como para curarlo de una enfermedad incurable, con solo tocarlo, pero poder de mano movido por un Corazón tan grande, tan inmenso como el poder...

¡feliz leproso! El mal de muchos necesitados de los que llegaban en Palestina y siguen llegando a Jesús en sus Sagrarios, está en que no ven en Él más que una de estas dos cosas: poder sin cariño o cariño sin poder:

Mano sin corazón o corazón sin mano.

1562. «*Si* hubieras estado aquí... *Si* fuera profeta... *Si* puedes algo...»

---

[7] Jn 11,21

[8] Lc 7,39

[9] Mt 8,2

Estas fórmulas repetidas en el Evangelio son la afirmación del cariño a costa o con preferencia del poder. Venían a decirle: creemos que tienes buen Corazón, que nos quieres, pero como te falta poder...

El leproso hace una terminante profesión de fe en el poder de la mano de Jesús inseparable del amor de su corazón.

Si quieres, puedes...

Jesús de mi Sagrario, dame, como al leproso:
fe viva en la omnipotencia de tu amor
y en el amor de tu omnipotencia.

II. LOS "SI" CONDICIONALES DE JESÚS

1563. Después de habernos detenido sobre los *si* condicionales dichos a Jesús, parémonos un poco ante los que Él dijo.

En general os puedo asegurar que, si detrás de aquellos se veían mezquindades, detrás de éstos se ven generosidades y grandezas.

«Si alguno quiere venir en pos de Mí...» [10].

«Si quieres ser perfecto...» [11].

«Si me amáis...» [12].

Y a continuación ¡qué promesas! ¡qué regalos!

Ya veréis que grandiosidad en el desfile de los *si* de Jesús, lo mismo cuando los acompaña de condiciones que cuando expresa una afirmación sin ellas.

¡Los *si* de Jesús! ¡qué puntos de vista tan interesantes para sorprender los secretos de su Corazón y casi descubrir los misterios de su vida.

1) Si no me queréis creer, creed a mis obras [13]

1564. Os decía que ese monosílabo *si*, tan menudo, podría servirnos para descubrir los misterios del Corazón de Jesús.

Ved un indicio: dos clases de *si* usó Jesús como usamos todos en nuestro trato con los demás; el *si* afirmativo y el *si* condicional. Buscad y haced la lista de esas dos clases de *si* y por lo pronto, a poco que los comparéis descubriréis una diferencia profunda de tono, de postura, de presentación y hasta de procedimiento.

En los *sí* afirmativos casi siempre habla el *Señor* a quien no hay más remedio que acatar, el *Maestro* que enseña sin necesidad de dar pruebas, el *Hijo de Dios* ante quien, se quiera o no se quiera, hay que doblar las rodillas y pegar la frente al suelo.

En los *si* condicionales aparece hablando el *Amigo*, el *Hermano*, el *Hijo del hombre* que se impone por amor, se insinúa por la humildad, se adueña por la mansedumbre y toca y mueve y convierte y transforma y conquista el corazón humano respetando hasta el misterio su libertad...

1565. Ya os enseñaré prácticamente esos contrastes tan reveladores de las intimidades del Corazón de Jesús.

---

[10] Mt 16,24

[11] Mt 19,21

[12] Jn 14,15

[13] Jn 10,38

Ved hoy un solo ejemplo.
-¿Tú eres Jesús Nazareno? -le pregunta la turba de esbirros y sayones en el huerto, la noche de la agonía.
-Yo soy -responde y caen todos en tierra presos de pavor y espanto.
Ése es el efecto de una afirmación de Jesús.
-Si no me queréis creer, creed a mis obras...
¡Qué invitación a la fe tan suave, tan irrebatible y a la par tan respetuosa con la libertad!
Así son los *si* condicionales de Jesús.

2) Si alguno quiere venir en pos de Mí... [14]

1566. Ese *si* ¡cuántos misterios descubre o por lo menos pone en camino de descubrir!
Si alguno quiere... ¡Qué respeto a la libertad humana!
Tiene Jesús poder soberano para subyugar y arrastrar todos los corazones; como mandó a las aguas que buscaran ciegamente su nivel y a todos los cuerpos su centro de gravedad, pudo mandar a los hombres que lo siguieran...
¿No tenía derecho Él a mandarlo y el hombre el deber de hacerlo? ¿No era su misión en la tierra buscar y atraer a Él a los hombres, y no era el mayor bien de éstos dejarse atraer por Jesús y encontrar en Él su vida y su felicidad? ¿No pudo decir El: por vosotros vengo con todo el poder de mi Padre, veníos conmigo...?
Esta intimación, sin embargo, no aparece en el Evangelio sino como una invitación. «Si alguno quiere...»

1567. *Alguno...* ¿Tan pocos esperas, Jesús mío, que van a querer aceptar tu invitación que los llamas con esa palabra de tan poca cantidad?
¡Qué misterio de delicadeza y de generosidad!
Como si dijera:
enfermos, yo os puedo curar;
tristes, os puedo alegrar;
mendigos, os puedo hacer ricos;
pecadores, os puedo perdonar y hacer santos...
y no sólo puedo yo todo eso, sino que sólo yo lo puedo hacer del todo bien, absolutamente bien...
De entre esa muchedumbre, casi sin número, de desgraciados ¿hay alguno que quiera aprovecharse de mi virtud?
Si alguno quiere...
¡Corazón inmenso! y ¿tienes ganas de dar tanto *dudando* de si *alguno* querrá recibirlo?
¿Conocéis un Corazón que dé y se dé más con menos seguridad de que lo reciban y agradezcan?

3) Si he hablado mal...

1568. «Si he hablado mal dime en qué; mas si bien ¿por qué me hieres?» [15]. Os decía, que una de las tentaciones más pronunciadas del hombre es la de querer meterse a Dios...
¡Cuántas veces leyendo y meditando esa escena de la declaración serena y respetuosa de Jesús ante el pontífice Caifás y de la bofetada con que el ministro bellaco le cruza la cara con el grito «¿así respondes al pontífice?» siente uno, empujado por la fuerza de aquella tendencia, ganas de ser

14 Mt 16,24

15 Jn 18,23

Dios para dejar secas y aniquiladas instantáneamente aquella mano y aquella lengua tan vil y cobardemente sacrílegas!

Jesús, sin embargo, que es Dios, no se muestra allí vengador que responde a la injusticia de la ofensa con la justicia del castigo fulminante; responde a lo hombre, pero no a lo hombre esclavo de pasiones, iracundo, colérico, amenazador, vengativo... sino a lo hombre señor de sí, a lo hombre cabal y perfecto, a lo Maestro de hombres...

¡Qué señorío del amor propio y de la ira revelan aquellos dos *sí*!

¡Qué equilibrio de cabeza, de corazón y de nervios suponen aquel manso pedir y dar explicaciones sin una queja ni una protesta a quien no se debía ni un mal salivazo de desprecio!

1569. Jesús muchas veces, pero singularmente en estos últimos tiempos, ha sido desafiado por el orgullo ignorante y sacrílego... Se le ha dicho con en el reloj en la mano: vamos a pisotear o abofetear tu imagen y la de tu Madre... te damos cinco minutos para que demuestres que eres Dios impidiéndolo o matándonos... En algunos de esos casos, en muy pocos, Jesús responde *a lo Dios* fuerte y justo; pero en la mayor parte se digna responder *a lo hombre*, es decir, considerando las pocas luces de fe y los muchos fuegos de pasiones de los hombres, no muestra prisa en contestar ni en castigar...

En ese misterio de condescendencia ¡cuántos tesoros de enseñanzas y de amor se descubren!

Es que Dios se hizo hombre no sólo para hacer al hombre Dios por su gracia, sino para enseñar al hombre a ser hombre... ¡el hombre cabal!

4) Si me buscáis a Mí...

1570. «Si, pues, me buscáis a Mí, dejad ir a éstos» [16].

¡Qué revelación tan interesante del Corazón de Jesús envuelve este si!

En otros *si* lo habéis visto respetuoso y considerado con la libertas de sus enemigos y hasta con los desplantes de éstos, «si a Mí no me queréis creer...» [17], «si he hablado mal...» [18], pero en este *si* pone una condición y un límite a ese respeto y consideración al enemigo, a saber, que sus enemigos sepan que nada pueden contra su poder y querer, y que sus amigos cuenten con Él.

1571. ¡Qué rasgo tan del Corazón de Jesús! ¡Tan exclusivo suyo!

Van al huerto a prenderlo los sayones y con la sola afirmación suya ¡Yo soy! los hace caer en tierra despavoridos y morder el polvo.

Y ved el contraste: de un lado, la chusma de sus enemigos tirados al suelo presa de miedo mortal; de otro, el grupo de amigos indecisos entre acometer o huir y en medio de unos y otros Jesús eterno, sereno, señor siempre de Sí y de todos, con un imperativo de poder soberano manda a la chusma que se levante, con otro imperativo les impone el respeto a sus amigos y con un *si* condicional se entrega, porque quiere, a sus furores. A Mí ahora la prisión, la muerte, lo que queráis, a los míos ¡ni un cabello de sus cabezas os permito que toquéis!

¿Conocéis alianza de poder y amor, de tolerancia e intransigencia, de debilidad y fortaleza parecida a la que revela en esta escena el Corazón de Jesús?

---

[16] Jn 18,8

[17] Jn 10,38

[18] Jn 18,23

5) Si quieres ser perfecto...

1572. «Si quieres ser perfecto...» [19].

Meditad en los *si* condicionales que salieron de los labios augustos de Jesús y os convenceréis de que todos o casi todos son otras tantas protestas de respeto a la libertad humana, y ¡en qué situaciones a veces tan represivas y humillantes para Jesús! Yo no sé cómo se puede acusar a la Iglesia de enemiga de la libertad, con el proceder de respeto que con ésta guardó siempre su divino Fundador.

Fijaos en el *si* que os propongo. «Si quieres ser perfecto...» dice Jesús a un joven que se le presenta buscando la perfección moral de su alma. tened en cuenta que la obra cumbre que el Maestro bueno venía a realizar en este mundo era precisamente la perfección moral del hombre, enseñarlo y darle medios para que llegara a ser perfecto como su Padre que está en los cielos es perfecto.

Pues para esa obra, la más excelente, y deseada, y buscada, y procurada de todas sus obras, la primera y diría la única condición que pone, la única disposición que exige es ésta: «*Si quieres*...», ¡la libertad!

1573. Con esa entrega libre, con esa voluntad firme de ser perfecto, lo que viene detrás, lo que exige, la renuncia de los bienes propios y su distribución entre los pobres, vale; sin esa voluntad firme o en lugar de ella con el capricho, con la sugestión, con el apego desordenado a otra cosa o a sí mismo, el dejarlo todo y darlo no vale nada.

Dice el santo Evangelio que el joven aquel, asustado del programa de invitación, *no quiso* y se fue triste... Jesús, que lo había visto llegar con una mirada de complacencia, lo vio partir con una mirada de tristeza; pero no obró ningún milagro, facilísimo para su poder, para cambiar y violentar la liberta del cobarde mancebo. ¡Qué misterio de delicadeza!

Maestro bueno, ¡que yo quiera siempre...!

6) Nadie puede venir a Mí si el Padre que me envió no lo atrae... [20]

1574. Bastante probado dejó Jesús en su Evangelio el respeto que guardaba a la libertad de cada hombre y cómo hacía de ella punto de partida de todas las buenas acciones de éste.

Ni quiso ni quiere homenajes, ni seguimientos por fuerza y por coacción.

Yo estoy cierto que en la historia y en la filosofía de las religiones comparadas, hoy tan en boga, no se encuentra fundador de religión que haya guardado con la libertad del hombre los miramientos y respetos que el divino Fundador de la nuestra. En las otras, o se prescinde de la libertad individual como en las religiones de raza, de pueblo, como eran todas las antiguas, o se niega directa o indirectamente, como en las religiones fatalistas, que de un modo o de otro lo son todas las falsas o, si comienzan por proclamarla, acaban indefectiblemente por destruirla por los vicios que permiten o a que inducen y por los errores que enseñan produciendo secuaces de voluntad tan débil y de inteligencia tan oscurecida que la liberta, o no nace, o si nació muere prematuramente.

1575. La religión de Jesús es la sola que exige, preserva y vigoriza la libertad individual verdadera; pero no porque sea libre su seguimiento y observancia deja de ser obligatoria y con la obligación más urgente e indeclinable de todas.

¡Qué clara y elocuentemente enseñan la urgencia y trascendencia de la obligación de seguir a Jesús guardando su religión, los *si* condicionales de Él que me resta presentaros!

El Maestro, como hasta ahora habéis visto, ha dicho: «El que quiera, si quieres, si queréis...»

---

[19] Mt 19,21

[20] Jn 6,44

Pero ¿y si no se puede o no se quiere querer?
Veréis qué hace Jesús con la libertad para que pueda y quiera y no se vuelva atrás sin dejar de ser libre.

* * *

1576. «Nadie puede venir a Mí *si* el Padre no lo atrae.»
¿Y si nuestra voluntad no quiere o no puede querer lo que Jesús quiere que quiera?
¡Quedó tan enferma, débil y mal inclinada por el pecado original!
¡Media tanta distancia entre el orden natural, en que por sí sola se mueve nuestra voluntad, y el orden sobrenatural que es el único en el que puede querer lo que Jesús quiere y marchar y vivir de perfecto acuerdo con Él! Tan enferma en sí y tan distante del orden sobrenatural que san Pablo llegó a afirmar que no es capaz por sí sol ni de un buen deseo.
¿Qué fuerza, sobrenatural desde luego, curará, robustecerá y elevará sin menoscabo de su libertad a la voluntad del hombre para que, no una vez sola, sino muchas veces, siempre, quiera lo que quiera Jesús y como lo quiera Jesús?

1577. «Nadie puede venir a Mí, *si el Padre*, que me envió *no lo atrae*.»
¡Qué cantidad y qué sublimidad de misterios los que descubre ese *si*...!
El Padre celestial es el que atrae seguidores y amadores a su Hijo y a su Hijo crucificado.
¿De qué modo puede hacerse eso sin violencia ni menoscabo de la libertad?
De tres modos tan misteriosos como eficaces.
1º por el atractivo de la gracia de Dios,
2º por el temor de las amenazas de Dios contra los que no quieran seguir a su Hijo y
3º por la esperanza de las promesas de Dios en favor de los que sigan a su Hijo.

* * *

1578. «Nadie puede venir a Mí si el Padre no lo atrae».
La gracia de Dios es la gran fuerza, el gran atractivo, que, sin menoscabo de la libertad, antes bien, perfeccionándola, puede hacer querer y obrar a la voluntad humana lo que Dios quiere que quiera y que obre.
Si a cada uno le atrae su deleite, si al niño lo atrae el puñado de nueces que se le brinda; si al bebedor atrae hasta la seducción el olor del vino y al jugador el choque de los naipes o de las monedas al caer sobre la mesa del tahur y todos estos van detrás de su deleite, sin que dejen de ser libres, ¿por qué el alma, que también tiene sus deleites en la contemplación de la verdad y en el goce del bien, por qué no ha de poder ser sobrenatural, fuerte y libremente atraída a Jesús por la gracia de Dios, que es fe que sabe y contempla de Dios y de sus misterios y generaciones todo lo que puede contemplarse en la tierra y que es caridad que limpia pecados, borra remordimientos, hace fácil lo más difícil del deber y de la virtud y lleva al alma a gozar y a derretirse de gozo en el Bien sumo?
¿No es la gracia y sólo ella la que nos hace miembros vivos de Jesús, hermanos suyos,participantes de sus merecimientos y de su Vida divina y herederos de su gloria?
Sólo Dios puede llevarnos a Dios.
Nadie puede ir a Jesús si el Padre no lo llevare...

7) Los «si» de amenaza

1579. ¡Cómo sostienen, levantan y empujan hacia el bien, sin menoscabo de la libertad, los *si* de amenazas de jesús a los que se aparten de Él, de su Iglesia, de su Eucaristía, de sus Mandamientos!

1º *La esterilidad* para el bien y para la vida eterna: «*Si* no permanecireis en Mí (como el sarmiento en la cepa) no tendréis fruto» [21].

2º *La excomunión* de la Iglesia a los que se obstinan en no quererla oír: «Si a la Iglesia no oyere, téngase como gentil y publicano» [22].

3º *La privación de la paz* a los tacaños y egoístas que no quieren recibir ni dar hospitalidad a los enviados de Jesús: «Dad la paz a los que os reciban, pero *si* no os quieren, que se vuelva la paz con vosotros» [23].

4º *La negación de la vida divina*: «*Si* no comiéreis la carne del Hijo del hombre... no tendréis vida en vosotros» [24].

5º *La muerte eterna y el fuego eterno*: «*Si* no hiciereis penitencia, pereceréis» [25]. «*Si* el sarmiento (el alma) se corta o separa de su cepa (jesús) no sirve más que para el fuego» [26].

8) Los «si» de promesas

1580. Tan dulces y halagadoras para atraer suavemente la voluntad son las promesas de Jesús en favor de los que le siguen, oyen y obedecen como terribles y espantables las amenazas para los protervos.

1º *La fecundidad espiritual en favor de los que entierran y dejan morir su amor propio*: «*Si* el grano de trigo se deja morir en la tierra, da mucho fruto» [27].

2º *El odio del mundo y la victoria sobre él*. «*Si* fueseis del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece... pero confiad. Yo vencí al mundo» [28].

3º *El ser oídas por el Padre celestial todas las peticiones que le hagamos en nombre de su Hijo*: «*Si* algo pidiéreis al Padre en nombre mío, Yo lo haré» [29].

4.º *La vida sobrenatural y divina*: «*Si* alguno comiere de este Pan, vivirá eternamente» [30].

5º *La glorificación eterna*: "*Si* alguno me sirviera en la tierra, lo honrará mi Padre que está en los cielos [31].

---

[21] Jn 15,4

[22] Mt 18,17

[23] Lc 10,5-6

[24] Jn 6,53

[25] Lc 13,5

[26] Jn 15,4-6

[27] Jn 12,24

[28] Jn 15,19 y 16,23

[29] Jn 14,13

[30] Jn 6,51

[31] Jn, 12, 26.

III. LOS "SÍ" AFIRMATIVOS DE JESÚS

1581. ¡Qué aspecto tan interesante, qué presencia tan solemne, qué autoridad tan augusta, qué magisterio tan seguro revelan y descubren en Jesús los *sí* de sus afirmaciones del Evangelio!

En los *si* condicionales se revela ordinariamente como *invitador*, como *amigo condescendiente*, como *Hijo del hombre* que más que mandar, ruega, se insinúa, se somete hasta a las negativas; en los *sí* afirmativos es siempre *Señor* que manda, porque lo es, sin dar argumentos ni preocuparse de que se le acepte o se le rechace; es *Dios* hablando a lo Dios por boca de hombre.

Quizá sea este aspecto mayestático, solemne, autoritario de Jesús el menos estudiado y no por esto menos digno de ser meditado y utilizado para conocerlo *todo entero* tal y como es.

¡Buena falta hace verlo bajo ese aspecto a muchos empeñados en presentarnos, sin duda por la cuenta que les trae, a Jesús, no bueno, sino bonachón y corto de vista; no blando y manso, sino blanducho y dispuesto siempre a la complicidad y *vista gorda* para con todos los desmanes humanos!

Jesús, el más bueno, manso, compasivo y humilde de los hombres, es *Señor* a quien hay que acatar y *Maestro* que hay que aceptar sin discutir y *Juez* inapelable.

* * *

1582. No se oye afirmar a Jesús con un *sí* como suelen los hombres.

Tres formas de afirmación, y por cierto todas solemnes y de autoridad que se impone, fueron las más usadas por Él en el Evangelio, a saber: «En verdad os digo». «Yo os digo». «Tú lo dices».

Para asentar una doctrina, expresar una idea fundamental, imponer un mandato, explicar el alcance de una amenaza a los enemigos poderosos o a los amigos hipócritas, usa la primera: *«En verdad, en verdad os digo...»*

Para poner en contraste las opiniones, errores, procederes y costumbres del mundo o de los fariseos o malos judíos con la doctrina que Él predicaba y con las obras que practicaba y enseñaba a practicar, usaba el *Yo os digo*, para que en ese contraste quedara señalada y patente la oposición entre Él y los que no estaban con Él: «Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo: Yo os digo...» [32].

A veces usa sólo el *Yo* envolviendo una gran afirmación: «Yo soy el Pan de vida» [33]. «Yo soy el camino, la verdad y la vida» [34].

1583. Por último, para responder afirmando suele usar el «tú lo dices». «¿Tú eres Rey?...» le pregunta Pilatos. *«Tú lo dices: Yo soy Rey»* [35].

¡Cuántas grandezas de lenguaje, de autoridad, de magisterio, de Persona divina descubrimos en las afirmaciones de Jesús en su Evangelio!

1) Id, he aquí que Yo os envío [36]

---

[32] Mt 5,43-44

[33] Jn 6,35

[34] Jn 14,6

[35] Jn 18,37

[36] Lc 10,3

1584. Ved ahí en un sólo renglón tres afirmaciones contundentes, solemnes de Jesús.
Id... con ese imperativo sin condiciones, pone en movimiento perenne a sus apóstoles.
Id... -¿A dónde?... -A todas partes. -¿cuándo?... -Siempre. -¿Con qué auxilios y con qué títulos?... -Con mi mandato.
Y ¿a quién se da este mandato? A hombres sujetos a todas las fragilidades y flaquezas, a todos los cansancios y contagios... Él lo sabe bien y se hace cargo...
He aquí que Yo... Aquí, junto y encima y debajo de ese mandato de *ir*, tan abrumador para pies tan endebles, estoy *Yo*, el Señor, que lo puede todo, el Maestro que lo sabe todo, el Padre que se hace cargo de todo, y por eso, porque Yo mando, *os envío a vosotros*, como corderos entre lobos...
¡Qué contraste entre el sujeto y el término de ese verbo, entre ese *Yo* y ese *vosotros*, y entre esos corderos que van y esos lobos que reciben!
¿Qué importa? A vosotros, apóstoles, sólo os toca *ir* siempre y *siempre* ir como *corderos*..., contando con que los *lobos son lobos* y Yo tengo poder sobre ellos. Eso es lo que *Yo* mando a *vosotros*, mis apóstoles.

2) "En verdad os digo"

1585. Si a través de los *si* condicionales que os he presentado se descubren y, diría, se sorprenden las inefables condescendencias de su Corazón con las flaquezas de nuestro barro, a través del *en verdad, en verdad os digo*, que yo llamaría sus *sí* autoritativos, ¡qué soberano señorío y que irrebatible e ilimitada autoridad deja patente! ¡Con qué seguridad afirma, con qué majestad impone, con qué esplendor revela cuando pone delante de una frase suya ese «¡En verdad os digo!».

1586. Si el Evangelio es el país de los grandes contrastes, quizá en ninguna ocasión suya salgan a flor más destacadamente que, cuando en medio de dos períodos, de dos escenas, de un diálogo entre el Maestro y las distintas clases de sus interlocutores aparece el *sí* autoritativo de Jesús.
En cuántas ocasiones, por ejemplo, ha destruido y reducido a polvo maquinaciones, conspiraciones de sus adversarios, larga y astutamente caviladas, con un solo «en verdad os digo...».
Yo diría que, así como Jesús iba haciendo siempre en su vida mortal el milagro de ocultar y cómo reprimir dentro la gloria y los esplendores de la divinidad que tendían hacia afuera, y sólo en el Tabor suspendió ese milagro de represión, en su lenguaje con los hombres hacía el constante milagro de hablar y razonar y contestar dificultades a lo hombre, menos cuando profería el «En verdad os digo» para hablar a los Dios...
¡Cuántos misterios revelados debemos a esas partículas del Evangelio!

3) Tres maneras de usar el «si»

1587. En los modos de hablar, nunca se más solemne y augusto a Jesús, nunca se le siente más Señor del cielo y de la tierra, del tiempo y de la eternidad, que cuando usa el «En verdad, en verdad os digo», o cuando pronuncia el pronombre «Yo».
En tres ocasiones, principalmente se le ve usar el *en verdad os digo:*
1ª Para conminar rotundas e inapelables *condenaciones*, por ejemplo, contra los hipócritas que vocean sus limosnas y obras buenas para ser honrados de los hombres. El Señor les condena a la esterilidad eterna: «En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa» [37].

---

[37] Mt 6,2

¡Qué condenación tan dura para los ricos, por el peligro en que los ponen sus riquezas de ser soberbios y duros de corazón! «En verdad os digo que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos» [38].

¡Qué terrible en su laconismo la condenación de la Jerusalén deicida! «En verdad os digo que todas esas cosas vendrán sobre la generación presente» [39].

1588. 2ª ¡Para expresar sus grandes *aprobaciones y satisfacciones*!

La fe del centurión que no se cree digno de que Jesús baje a su casa, obtiene esta gran aprobación: «En verdad os digo que ni aun en medio de Israel he hallado fe tan grande» [40].

Su satisfacción al salvar almas perdidas, representada en la del pastor que encuentra la oveja extraviada, la declara así: «Y si por dicha la encuentra, *en verdad os digo* que ella sola causa mayor complacencia que las noventa y nueve que no se le habían perdido» [41].

1589. 3ª Para anunciar grandes *promesas*, como la de ver su transfiguración: «En verdad os digo que hay aquí algunos que no han de morir antes que vean al Hijo del hombre aparecer en el esplendor de su reino» [42].

La inefable promesa del reino de los cielos: «En verdad os digo que, si no volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos» [43].

La riquísima promesa en favor de sus apóstoles: «En verdad os digo que vosotros, en el día de la resurrección universal, cuando el Hijo del hombre se sentará en solio de su Majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce sillas y juzgaréis las doce tribus de Israel» [44].

La gran promesa de frutos sin medida en la fe sin vacilaciones: «En verdad os digo, que, si tenéis fe y no andáis vacilando, no solamente haréis esto de la higuera, sino que, aun cuando digáis a un monte: Arráncate y arrójate al mar así lo hará» [45].

La dulce promesa en favor de la generosidad de Magdalena: «En verdad os digo que dondequiera que se predique este Evangelio, que lo será por todo el mundo, se celebrará también en memoria suya lo que acaba de hacer» [46].

Y la sobre toda dulzura, dulcísima promesa de vida eterna: «En verdad os digo que quien cree en Mí tiene la vida eterna» [47].

«En verdad, en verdad, os digo que, si no comiereis la Carne del Hijo del hombre y no bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros» [48].

---

[38] Mt 19,23

[39] Mt 23,36

[40] Mt 8,10

[41] Mt 18,13

[42] Mt 16,28

[43] Mt 18,3

[44] Mt 19,28

[45] Mt 21,21

[46] Mt 26,13

[47] Jn 6,47

[48] Jn 6,53

Omito cientos de ejemplos; los citados ¡qué bien demuestran cómo el mansísimo y humildísimo Hijo del hombre, condenando, aprobando y prometiendo habla como Hijo de Dios inmortal y omnipotente!

SEGUNDA PARTE

LOS "YO" DE JESÚS

1590. Difícilmente se encontrará en el Evangelio una palabra más breve y más expresiva que ese *Yo* puesto en labios de Jesús.

Después de estudiarla, compararla y saborearla en las múltiples ocasiones en que la registra el Evangelio, me he convencido de que su valor está en ser el signo de los grandes contrastes de que rebosa aquél.

El Evangelio es la historia de Dios haciéndose hombre y viviendo *a lo hombre* para hacer y enseñar al hombre a vivir *a lo Dios*.

¿Qué mayor contraste?

Ejerciendo sus dos oficios principales de Redentor y Maestro, obtiene Jesús esa divinización de la vida del hombre...

Muriendo nos da la vida.

Viviendo entre nosotros nos enseña a morirnos a nuestro amor propio y a las pasiones desordenadas que de él brotan.

Hablando en su corta vida mortal nos hace callar y callando en su larga vida eucarística nos enseña a hablar.

1591. En torno a Jesús Redentor hay pecadores y pecados, enfermos y enfermedades de todo género; en torno de Jesús Maestro hay ignorante de buen y de mala fe, y discípulos de buena y mala voluntad, sinceros los unos, hipócritas los otros... Jesús en el Evangelio surca sereno esos mares de males del alma y del cuerpo, de ingenuidades y de dobleces, de amores y de rencores, de deseos limpios y rectos de redención y de luz, y de conspiraciones aviesas y envenenadas, y pasa sin que la baba de sus enemigos manche su túnica, sin que el denso vapor de los vicios oscurezca su faz, sin que los falsos prestigios lo ablanden, sin que las graves amenazas lo acobarden...

Ésa es precisamente la misión del *Yo* en las relaciones evangélicas: poner de relieve el contraste entre las palabras, las obras y las intenciones de Jesús y las palabras, las obras y las intenciones de los que le rodeaban, y fijar la distancia entre unas y otras.

Meditad esos *Yo* del Evangelio ¡qué descubrimientos!

* * *

1592. Diríase que el *Yo* de Jesús en el Evangelio es como un dedo índice gigantesco que señala y traza la línea en la que acaba todo lo que puede dar de sí la flaqueza y miseria humana y en la que empieza a obrar la omnipotencia de la misericordia divina.

Ved algunos ejemplos de contrastes descubiertos o acusados por el *Yo* de Jesús.

A la ignorancia ingenua de la Samaritana que pregunta por el Mesías, responde: «Soy Yo, que hablo contigo» [49].

A la envidia que le tiende asechanzas, responde: «Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniese en su nombre propio, lo recibiríais» [50].

---

[49] Jn 4,26

En otra ocasión: «Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue» [51].
A la fe que vacila en la tempestad: «Yo soy, no temáis» [52].
Al valor que tiembla: «En el mundo padeceréis opresiones; pero confiad: Yo he vencido al mundo» [53].
A los que buscaban de Él sólo cosas materiales: «Yo soy el Pan de vida: el que viene a Mí no tendrá hambre» [54].
A los cobardes y egoístas seguidores del mundo: «No puede el mundo odiaros; a Mí me odia porque doy testimonio de que sus obras son malas» [55].
A la adúltera arrepentida: «Mujer, ¿en dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado?... Yo tampoco te condenaré» [56].

1593. Y omitiendo centenares de casos, ¡qué contraste tan solemne entre Lázaro sepultado y Jesús diciendo ante su sepulcro: «Yo soy la resurrección y la vida... ¡Lázaro, sal fuera!» [57] y entre tantos paralíticos y muertos, Jesús exclamando: «Yo te digo: levántate y anda», y entre los rugidos de la envidia de los fariseos y los temblores de la cobardía de Pilatos preguntando: ¿Tú eres rey?, la serena majestad de Jesús diciendo: «Tú lo has dicho: Rey soy Yo» [58].
Entre los hombres ¡cuántas veces el «yo soy... yo digo...», es la fórmula de las bonitas mentiras, de la vanidad y del orgullo!
En la boca de Jesús es la expresión majestuosa de la Verdad y del Poder de Dios enseñando y redimiendo a los hombres.

TERCERA PARTE

LOS ¡AY! DE JESÚS

1594. ¡Qué contento estoy de haberme puesto a mirar a Jesús a través de las partículas de su Evangelio!
Como por las rendijas de una puerta se pueden observar las intimidades y secretos de una habitación, por esas partículas, a guisa de rendijas se descubren y se siguen paso a paso las intimidades de Jesús, singularmente las de su Corazón.
Me están descubriendo esas partículas más misterios y secretos que largos tratados y comentarios eruditos de exégesis bíblica.

---

[50] Jn 5,43

[51] Jn 8,50

[52] Jn 6,20

[53] Jn 16,33

[54] Jn 6,35

[55] Jn 7,7

[56] Jn 8,22

[57] Jn 8,11,25 y 44

[58] Jn 11,18,37

Se me ocurren estas consideraciones la detenerme a mirar a Jesús a través de esas brevísimas exclamaciones de dolor que los hombres condensan en un ¡ay!

¡Qué asombro me ha producido darme cuenta de lo poquísimo que se queja con esa exclamación u otras equivalentes aquel Corazón tan fino para sentir penas y tan cercado y abrumado de ellas!

Por lo pronto os diré que esos ¡ay! sólo los encuentro en el Evangelio puestos en los labios de Jesús en tres ocasiones, y en ninguna de ellas para dar paso al desahogo de una pena personal suya.

Y más os diré: que, después de registrar detenidamente las quejas de Jesús en su Evangelio, no he encontrado ni una sola de desahogo del hombre, sino enseñanza para los hombres, esto es, la queja para enseñarnos, no para consolarse, como todos nos quejamos. ¡Siempre Maestro! ¡Siempre Señor!

* * *

1595. ¡Qué gran lección nos da Jesús a los que mandamos a otros, guardándose para Él sus penas personales y manifestando sólo sus penas ministeriales! y aun esto, rarísima vez y sólo para enseñarnos y no para consolarse.

¡Qué bien lo demuestran las partículas con las que expresa esas quejas! ¡Qué olvido de sí en buscar su gloria y consuelo!

El Corazón de Jesús tan cercado y punzado de agudísimas espinas en todos los días y, diría, en todos los actos de su vida mortal, no exhalaba el ¡ay! para ahorrarse o quitarse ese dolor, sino para evitarlo a sus hijos.

En su ¡ay! se encuentran estas tres cosas:

un *protesta* contra el abuso de los dones de Dios,

una *invitación* a la enmienda

y una *amenaza* de condena en caso de obstinación;

pero jamás se descubre en esos ¡ay! ni cansancio de sufrir, ni demanda de consuelos ni increpación a los que le molestaban o herían.

Ya lo veremos.

I. LOS ¡AY! CONTRA LA OBCECACIÓN Y LA DUREZA

1596. En todo el Evangelio no se lee un ¡ay! de queja de Jesús por sus propias penas y ¡ya las tuvo!

Los ¡ay! que se encuentran son arrancados por las penas y males de sus evangelizados.

¡Qué grandeza de Corazón se descubre por aquí en Jesús en ese olvido de su propio padecer, con haber sido tan duro y tan constante!

Hay en el Evangelio unos cuantos ¡ay! que bien pudieran llamarse las *malaventuranzas*.

Ved la primera:

1597. «¡Ay, de ti, Corozaín! ¡ay de ti, Betsaida!, que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que habrían hecho penitencia, cubiertas de ceniza y cilicio» [59].

¡Qué contraste! Tiro y Sidón, las viciosas capitales de fenicia, serán menos rigurosamente tratadas en el día del juicio que Corozaín y Betsaida y Cafarnaúm! Aquellas, idólatras paganas; éstas hebreas, adoradoras del verdadero Dios, aquellas sin visitas de Jesús, sin sus predicaciones, sin sus milagros; éstas regaladas con la frecuente presencia de Jesús, con sus caricias, sus amenazas, sus prodigios...

[59] Mt 11,21

¡Misterios de paciencia de Dios! ¡Misterios y monstruosidades de la pobre libertad humana! ¡A qué abismos empujan la obcecación que el orgullo pone en la cabeza y la dureza que la lujuria y la ambición ponen en el corazón!

¡Misterios de pueblos y naciones agasajadas y rebeldes!

¡Misterios de indoctos, pequeños, flacos, pecadores, pero humildes, *arrebatando el reino de los cielos*, en frase de san Agustín, en contraste con los llenos de filosofía, de teología y de todas las ciencias y cercados de buenos ejemplos y de regalos y maravillas de Dios hundiéndose en el abismo! ¡Cómo recordáis el ¡ay! de Jesús sobre los pueblos obcecados y endurecidos!

II. LOS ¡AY! CONTRA LOS HIPÓCRITAS Y EXPLORADORES DE LOS DÉBILES

1598. Quizá no tenga el Corazón de jesús atributo más falsificado, más mal interpretado, y más calumniado por los hijos del mundo que su mansedumbre.

Y en este precisamente el atributo junto con el de su humildad, que con más interés e instancia nos invita a imitar en Él: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón» [60].

Manso es en verdad el Corazón de Jesús, no sólo para los buenos y rectos que con sencillez y docilidad le buscan, sino aun para los malos y obstinados en la perversidad, a los que tolera, responde en paz y hasta hace milagros de misericordia.

1599. Jesús es manso, pero no débil de carácter, ni contemporizador con los abusos, ni cómplice cobarde de los desmanes de los poderosos; precisamente porque es manso, por su boca no habla la ira, ni la ambición, ni el miedo, ni ninguna pasión ni afecto desordenado, sino la virtud y el orden.

Manso es Jesús diciendo esta palabra de caridad infinita en la Cruz: «Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen» [61] y manso lo es también profiriendo este ¡ay! de terrible justicia en contra de los hipócritas fariseos y en favor de los débiles e indefensos, por sus hipocresías seducidos, explotados y oprimidos: «Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas... guías de ciegos, sepulcros blanqueados... serpientes, raza de víboras, que cerráis el reino de los cielos a los hombres, que devoráis las casas de las viudas...» [62].

Ante esos ¡ay! ¡cómo rechinarían los dientes de los soberbios denunciados y se dilatarían los corazones de los pobres explotados!

III. LOS ¡AY! DE JESÚS CONTRA EL ESCÁNDALO

1600. El Maestro Jesús, andando por las caminos del mundo, lo ha encontrado muerto o herido de muerte por un artero y formidable enemigo, ¡el escándalo! y de modo más alarmante aún: por el escándalo de los niños y de los sencillos e indefensos.

Unas veces en forma de gota corrosiva que quema la flor que nace, otras de huracán devastador que arranca hasta las raíces del árbol frondoso, aquí como perfume de narcótico que embriaga y adormece para que no se advierta el daño, allí como gas mortífero que se lleva la vida sin derramar sangre, el escándalo, ese ladrón de inocencias y de virtudes, de almas y de paz de familias y de pueblos, ¡qué ruinas va dejando a su paso por el mundo! ¡Dios mío, qué misterio tan abrumador la conciliación entre el amor y providencia sin medida que Tú tienes por las almas y los riesgos tan constantes y casi insuperables a que las somete y expone el misterio sin fin del escándalo...!

---

[60] Mt 11,29

[61] Lc 23,34

[62] Mt 23

1601. ¿Por qué permites tanto poder destructor de cosas tan queridas para Ti y tan valiosas como la inocencia, la gracia, la fe, la paz, a cosas tan chicas al parecer, como una mirada furtiva, una palabra al oído, una sonrisa de burla, un papel escrito o grabado, un leve contacto?

¡Maldito pecado original que nos dejó tan desfavorablemente defendidos contra la invasión del mal!

¡Qué bien se entiende la indignación y la pena de tu Corazón ante el riesgo de las almas indefensas ante el escándalo!

«¡Ay del mundo por razón de los escándalos! Porque, si bien es forzoso que haya escándalos, sin embargo ¡ay del hombre que causa el escándalo!» [63].

«Quien escandaliza a uno de estos parvulillos que creen en Mí, mejor le sería que le colgasen al cuello una piedra de molino... y así fuese sumergido en el profundo del mar» [64].

IV. LOS ¡AY! CONTRA LA TIRANÍA DE LAS PASIONES

1602. La dureza de los pueblos obcecados, la hipócrita explotación de los sencillos y débiles, el escándalo de los pequeñuelos y la tiranía de las pasiones, ved aquí los cuatro grandes males que arrancan los ayes más sentidos y vibrantes del Corazón de Jesús.

san Lucas reúne en cuatro bienaventuranzas las ocho que expone san Mateo, y ¡qué contraste forman, bajando Jesús de la montaña rodeado de sus apóstoles recién elegidos y de aquella muchedumbre, la esplendidez y dulzura que promete en las bienaventuranzas a los pobres de espíritu, a los que pasan hambre y sed de justicia, a los que lloran y a los perseguidos por causa de Él con los terribles ayes de condenación que le arranca la tiranía de las pasiones a ellas contrarias!

«¡Ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo!». ¡Tiranía del afán de tener!

«¡Ay de vosotros los que andáis hartos, porque sufriréis hambre!». ¡Tiranía del ansia de gozar!

«¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque *día vendrá en que os* lamentaréis y lloraréis!» ¡Tiranía de la sensualidad!

«¡Ay de vosotros, cuando los hombres *mundanos* os aplaudieren, que así lo hacían sus padres con los falsos profetas!» [65]. ¡Tiranía de la soberbia y vanidad!

¡Cuatro tiranías y cuatro malaventuranzas que perennemente se disputan la posesión y la libertad de hombres y pueblos!

CUARTA PARTE

QUEJAS DE JESÚS EQUIVALENTES AL ¡AY!

I. ¿AUN? ¿CUÁNTO TIEMPO?

1603. Algo equivalente a un *¡ay!* descubro en dos palabras, *aun* y *cuánto tiempo* proferidas ciertamente con pena por Jesús y arrancadas por la dureza de cabeza y de corazón de sus amigos y apóstoles: *¿Aun estáis vosotros sin inteligencia*? [66]. *¿Cuánto tiempo os he de sufrir?* [67].

[63] Mt 18,7

[64] Mt 18,6

[65] 6 24-26

[66] Mt 15,16

Pero, bien meditadas, estas palabras, se ve en ellas, más que la pena personal de Jesús, la pena *ministerial*, la expresión, más que de lo que dolía al Corazón de Jesús, lo que echaba de menos en los que amaba y quería perfectos.

¿Cuándo aprenderemos de la generosidad del Corazón de Jesús a dolernos en los males que sufrimos, no de la molestia que recibimos, sino del daño que se hacen los que nos molestan?

II. LOS ¡AY! CALLADOS DE JESÚS

1604. Ved otras formas de quejas de Jesús.

Antes de la Pasión:

Debió pasar hambre.

Sed.

Fatigas de largos viajes.

Noches de intemperie.

Fríos intensos.

Calores exhorbitantes.

Ingratitud...

Amenazas.

Calumnias.

Insultos.

Malas interpretaciones.

Veo llenas las páginas del Evangelio de esos dolores y esas aflicciones, pero no encuentro ni un sólo ¡ay!

¡Cuánto nos enseñan y avergüenzan esos ¡ay! callados de Jesús!

¡Tenemos tanto empeño en que todo el mundo sepa que sufrimos!

III. OTRA FORMA DE ¡AY! DE JESÚS

1605. Sumergido en aquel mar de dolores de su Pasión y en aquella saturación de oprobios, sólo se le oyen tres quejas:

«Padre, pase este cáliz de Mí» [68] en el Huerto.

«Tengo sed» [69] y «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» [70] en la Cruz.

Fuera de eso, abandonado, traicionado, calumniado, escupido, abofeteado, azotado, arrastrado, enclavado a golpe de martillo... ¡ni un ay!

Y aquellas tres quejas más que gritos o ayes de dolor de un reo, son lecciones de un Maestro...

1606. Sus discípulos, sus redimidos ¿por dónde hubieran llegado a subir ni a rastrear las tres grandes cumbres de sus inmolaciones y a bajar hasta los tres insondables senos del abismo de sus dolores, si no lo dice Él mismo? ¿Quién se hubiera dado cuenta del gran sacrificio de su Corazón, sin oír aquel «pase de Mí este cáliz»; ni del indescriptible sacrificio de su cuerpo, condensado en aquel «tengo sed»; ni del inefable sacrificio de su alma en aquel «¿por qué me has abandonado?»

---

[67] Mc 9,18

[68] Mc 14,36

[69] Jn 19,28

[70] Mc 15,34

Y que no buscaba su consuelo y sí sólo nuestra enseñanza, lo demuestra bien aquel «no como yo quiero, sino como Tú» [71]; aquel «gustar y no querer beber» [72] el líquido que ponen en sus labios y aquel «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» [73].

Jesús, Jesús, olvidado de Ti lo mismo cuando regalas dulcedumbres que cuando devoras amarguras, ¡que yo acabe de olvidarme de mí, no alabándome ni quejándome de lo mío!

QUINTA PARTE

LOS "POR QUÉ" DE JESÚS

1607. ¡Benditas partículas de Evangelio, que como por resquicios nos dejáis sorprender interioridades del Corazón de Jesús!

¡Qué dulcedumbres de benignidad descubren lo *por qué* de las interrogaciones de Jesús! ¡Un Maestro que los sabe todo se pone a preguntar a sus discípulos como si no supiera nada! ¡Qué ejemplo de caridad *benigna*, de la que habla san Pablo, da el Maestro Jesús cada vez que deja salir de sus augustos labios el *por qué* de una interrogación!

«Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?» [74], dice a los fariseos y sacerdotes envenenados por la envidia y la ambición, sabiendo sobradamente la razón de su incredulidad.

De la misma manera pregunta al esbirro que le abofetea delante del tribunal: «¿Por qué me hieres?» [75].

1608. Corazón sapientísimo, ¿qué secretos puede haber en los corazones mezquinos o grandes de los hombres que Tú no conozcas?

Corazón, tan benigno como sabio, yo sé que preguntas, no para saber Tú, sino para invitar a los hombres a caer en la cuenta del mal que padecen y a acogerse a la benignidad del remedio con que Tú les brindas.

Maestro, que para enseñar te haces discípulo, Médico que para curar te haces enfermo, ¡qué bueno eres!

* * *

1609. "La caridad es paciente" -Dice san Pablo [76] -y ¡qué paciente, qué delicada e inacabablemente paciente se revela la caridad del Corazón de Jesús, sorprendido a través de la partícula *por qué* con que razona muchas veces sus mandatos y procederes!

Maestro di, decían los antiguos y cortaban toda apelación y réplica contra las sentencias de sus maestros.

Jesús es el Maestro de los maestros, el único de verdad Maestro, y su obra es definitiva, inconmovible e inapelable y así, en efecto, la profiere no pocas veces en su Evangelio: «En verdad,

---

71 Mt 27,34

72 Mt 26,39

73 Lc 23,46

74 Jn 8,46

75 Jn 18,23

76 Cor 13,4

en verdad os digo...», ¡sin razones! ¡Por su palabra sólo! A Él toca hablar así, a nosotros, oír rendidos.

Pero otras veces, ¡con qué paciencia se pone a dar razones y explicaciones a las cabezas duras y a los corazones apasionados!

«Palpad y ved, *porque* Yo soy el mismo»[77], dice apareciéndose a sus apóstoles, asombrados e incrédulos después de su Resurrección. «Palpad... *porque* los espíritus no tienen huesos ni carne, como vosotros veis que Yo tengo».

Y en todo el Evangelio ¡cuánto derroche de este amor paciente en tanto *porque, pues, así pues,* con que prueba y demuestra lo que dice, como si no fuera Él el Maestro soberano de toda la verdad!

[77] Lc, 24, 39.